

Día Internacional de los Trabajadores. Primero de Mayo de 2006

David Sweet fue durante 30 años profesor de historia de México y América Latina en la Universidad de California, Santa Cruz. Hoy día es activista en la campaña para lograr una alza en el salario mínimo para la Ciudad de Santa Cruz de \$6.75 a \$9.25 la hora. El discurso que sigue fue ofrecido ante los 10,000 inmigrantes y aliados que marcharon y se reunieron en Santa Cruz el día primero de mayo de 2006.

Compañeros, yo soy un anglo-americano de hueso colorado. Los últimos inmigrantes entre mis antepasados llegaron a este país cuando Estados Unidos y México todavía eran colonias europeas. Es posible que algunos de Uds. no me bajen de gabacho, pinche gringo o bolillo patón.

Pero la vida me ha enseñado un poquito acerca de la vida de los inmigrantes. Hace medio siglo viví cinco años en México como inmigrante indocumentado, esquivando la policía y luchando sin mucho éxito para ganarme la vida, siempre con esperanzas de prosperar algún día. A la larga, aunque casado con mexicana y con tres hijos mexicanos para alimentar, no hallé otra alternativa que volver a Estados Unidos y buscar la manera de mantener a mi familia aquí. Después, como profesor y ciudadano activista aquí en California, he oído de inmigrantes, y de sus hijos mis estudiantes, gran número de historias vivas, a menudo conmovedoras, de la emigración latinoamericana hacia el Norte.

He venido con dos propósitos. Primero quiero ofrecerles de parte de mi gente una disculpa muy sentida por las décadas de injusticia, de discriminación, de calumnia, sobre todo de invisibilidad, y de inaudibilidad, que han experimentado entre nosotros. Ojalá y hoy día estemos viviendo el principio del fin de aquella vergonzosa circunstancia. Yo soy viejo; pero espero en Dios llegar a ver con estos ojos una sociedad en que todos los habitantes puedan vivir como iguales, y como buenos vecinos.

Mi segundo propósito es decirles desde lo más hondo de mi corazón que este país nuestro, país mío y país suyo, está desesperadamente necesitado de todo lo que Uds. tienen que ofrecerle. Necesitado, como de todos es sabido, de su trabajo. Pero necesitado también de sus conocimientos, de sus ideas, de su sabiduría, de su creatividad, de sus culturas, y de las hermosas lenguas en que se expresan. Necesitado de su militancia, de su disidencia, de sus visiones de una sociedad más justa y mejor. Necesitado de su plena participación política para una reformación integral de nuestra sociedad y nuestra economía. Necesitado sobre todo de sus hijos -- de los que logran educarse, de los que sirven en las

fuerzas armadas, y también de los que acaban, para vergüenza de todos nosotros, en la pinta.

Estados Unidos cumplirá su destino verdadero cuando haya abandonado al imperialismo y el militarismo que nos desangra y nos deja en la bancarrota, cuando haya aprendido a convivir amigablemente con los vecinos alrededor del mundo, como con la misma naturaleza, sin violencias ni saqueos. Cumplirá su destino cuando haya logrado comida y vivienda adecuada, atención médica de primera calidad, educación admirable, y recreo sano para todos sus habitantes sin excepción.

Cumplir tal destino es difícil. Pero es más que posible, si la sed de justicia de los inmigrantes, y de los hijos de inmigrantes que han llenado las calles de todo este país estas últimas semanas se mantiene firme. Es aún probable, si se logra y se mantiene la solidaridad de los inmigrantes y sus hijos con los demás norteamericanos que anhelamos una sociedad más justa y más viable, un futuro más alentador. Solidaridad con los negros al principio algo renuentes, con los trabajadores sindicalizados, con las mujeres, con los gays y las lesbianas, con los deshabilitados, con los injustamente presos, con los soldados cansados de guerras injustas, con la gente de todas las razas que vive el hambre y la sed de justicia.

La solidaridad de que hablo no ha sido frecuente entre los habitantes de este país; pero créanme que es bien posible. La prueba está aquí entre nosotros el día de hoy, y en las calles de todas las ciudades del país. El nuevo movimiento de los inmigrantes nos ha llenado de esperanzas a todos. Nos ha sacudido, sacado de la desesperación y el fatalismo. Inclusive nos ha devuelto este día internacional de los trabajadores, en que la clase trabajadora de todo el mundo, fuera de los Estados Unidos, ha celebrado desde hace más de un siglo el sacrificio de los mártires de Chicago en la lucha por el día laboral de ocho horas.

Gracias por lo que ya han contribuido para despertarnos. Pidan la solidaridad a todos los demás habitantes de Estados Unidos que anhelan justicia. Exijan la solidaridad. Cuenten con nuestra solidaridad. Juntos, ¡no dejaremos de vencer!